



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

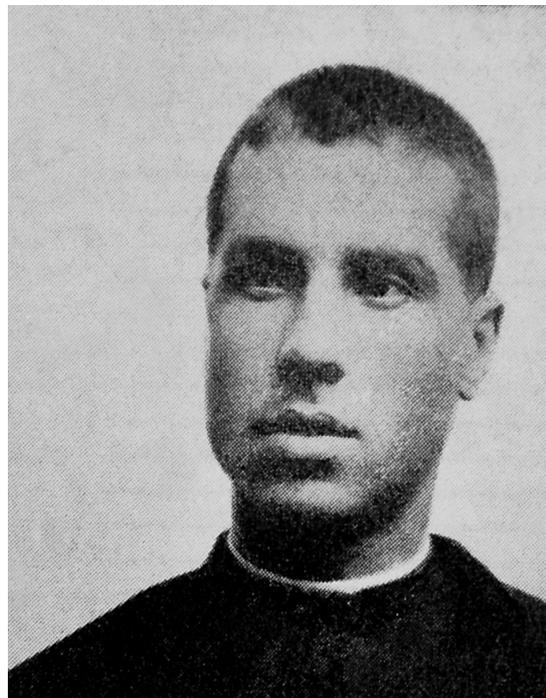
3

FILIPENSE

En expresión de un autorizado sacerdote, el Oratorio de san Felipe Neri «es un centro de intensa y guiadora luz espiritual de Vic». No es, por consiguiente, extraño que un centro de tal magnitud atrajera bien pronto el alma del sacerdote Huix. Por lo demás, nada le era desconocido del Oratorio, ya que en él estaba un tío suyo, llamado Adjutorio, filipense ejemplar y que ha dejado muy buena memoria entre los vicenses.

Ordenado en las témporas de septiembre de 1903 por el Obispo Torras y Bages, de la Parroquia de Coll pasó, siempre como Coadjutor, a Sant Vicenç de Castellet. El Oratorio le atraía irresistiblemente; quería ponerse en contacto con almas, muchas almas; lleno de afanes de apostolado, el deseo de trabajar hasta la muerte por Cristo; él había nacido para gobernar y dirigir desde un principio, ya que llevaba dentro todas las condiciones de un Maestro y Director y la luz no ha sido encendida para ponerla bajo el celemin. ¿Por qué escogió el Oratorio y no otra Orden o Congregación Religiosa, donde el campo de apostolado y de trabajo es, a primera vista, más extenso? Esto era lo que le argüía un condiscípulo al conocer sus deseos: «*Bien, le decía; pero el campo de los filipenses es demasiado estrecho para ti*» ¡Lo que es no conocer los caminos de Dios! ¿Estrecho el campo? ¡Ya lo ensancharía él y serían sus horizontes tan amplios, como los que se divisan desde el balcón de Casa Huix! El Oratorio es el mismo camino que eligió el hoy beato cardenal Newman para desarrollar su apostolado. Ingresó en el Oratorio en el año 1907 a la edad de 30 años, cuando todavía los fracasos propios y los de los demás no han podido agotar los primeros fervores. Le señalaron un confesionario, el primero del templo al pie del altar en la parte del Evangelio. Inmediatamente, allí donde tanta gente acude para confesarse, el nuevo confesor se destacó

Recién ordenado sacerdote, 1903.



entre todos. ¡El confesionario del P. Huix! Hemos preguntado, discretamente, qué tenía su modo de confesar que a tantos fieles atrajera. «¡Nada, -se nos ha contestado- es que lo hacía muy bien!» Y eso nos lo han dicho todos, hombres, mujeres, sacerdotes y jóvenes. Escuchaba con paciencia, era breve, prudente y paternal en sus preguntas y con una exhortación corta y práctica al final, despedía las almas en la paz de Dios y con ganas de volver.

En seguida se le notó una especial atención por los jóvenes y los padres de familia. ¡Confesor de jóvenes! Tarea difícil y que requiere toda la paciencia de un santo y el amor de un padre y que, si hace a veces derramar lágrimas de sangre al ver, de cuando en cuando, cómo la fuerza terrible de las pasiones arrastra los mejores propósitos, también llena a menudo de grandes consolaciones. Son muchos los jóvenes que quieren confesarse y quieren hacerlo bien, y si se apartan de esta práctica tan esencial para la vida del espíritu es, de ordinario, porque no encuentran ni quien les entienda, ni quien les quiera atender. Parece como si el trabajo de confesar a los jóvenes se considerase poco menos que inútil y el tiempo empleado, perdido; y sin embargo, es todo lo contrario, como lo demuestra el confesionario del P. Huix, frecuentado bien pronto por una numerosa y selecta juventud.

Pero no eran sólo éstos los que se sentían atraídos hacia aquel confesionario; eran los hombres, los padres de familia, los negociantes, las madres, las muchachas, los sacerdotes, los religiosos; era, en fin, toda una ciudad devota, que había encontrado en el nuevo filipense el experto médico de las almas. Bien pronto fueron los mismos padres de la Congregación quienes en numerosísimas circunstancias señalaban al penitente que se les acercaba el confesionario del P. Huix. Y no eran pocos, finalmente, los fieles de toda la comarca que, en días de mercado, fiesta o ferias acudían a San Felipe Neri para confesarse con él. El que fue Alcalde de Vic y dio la vida fusilado por el llamado comité antifascista, Don Juan Travería, hijo espiritual suyo, escribió: «*La mejor biografía del P. Huix la escribirían las almas torturadas que, bajo la prudente y serena dirección del virtuoso sacerdote, han recobrado la paz del espíritu y aun la cantidad inmensa de personas y familias de Vic que deben a la prudente y discreta intervención del P. Salvio el arreglo de aquella clase de conflictos temporales, que, cuando incluyen consecuencias de orden moral, tuvieron en él el más hábil y experto especialista. Unos y otros guardarán toda la vida el pesar de una deuda a satisfacer, que nunca sabrán cómo pagar*».

Los padres del Oratorio se levantaban a las cuatro y media, excepto los días festivos que lo hacían media hora antes; después de una hora de meditación, entran en el confesionario, del cual sólo se levantan para celebrar, volviendo otra vez y permaneciendo en él mientras hay penitentes. Por la tarde, otra hora de meditación y más confesionario. El P. Huix se acostaba siempre después de la media noche y recibía una cantidad enorme de correspondencia que despachaba, a ser posible, el mismo día. ¿Cuántas horas dormía?; muy pocas y aun éstas eran con muchísima frecuencia interrumpidas por la llamada de los enfermos, dándose el caso de tener que levantarse cuatro veces en una sola noche, para atender a otros tantos en peligro de muerte. Bien es verdad que el P. Huix tenía la gran cualidad de saber dormir cuando, como y en el lugar más insospechado, de lo cual tuvimos experiencia propia: «*dejadme en silencio cinco minutos*», nos dijo un día de visita pastoral, mientras iba de un pueblo a otro; se durmió rápida y tranquilamente, despertándose a los cinco minutos exactos, ya listo y tranquilo para continuar otra jornada agotadora de trabajo. Mientras estuvo en el Oratorio nunca salía de paseo. Sus salidas de la casa eran siempre motivadas por misiones apostólicas: visitas de enfermos, clases del seminario o asuntos de la Congregación. Encarnó tan a la perfección el ideal de san Felipe Neri, que sus compañeros lo votaron por tres veces para Preósito del

Oratorio. Sencillo en piedad, abnegado en el trabajo, confiado completamente en Dios, alegre y optimista en el apostolado, hecho todo para todos, en frase del Apóstol san Pablo, no guardó para sí ni tiempo, ni salud, ni dinero. No es de extrañar que fuese considerado, por personas autorizadísimas, como el sacerdote de más potencia espiritual de ese tiempo en Vic y su comarca.

Durante veinte años ocupó su austera celda de filipense; veinte años tan llenos, que sólo se comprenden a base de lo que ya hemos dicho: dormir poco, orar mucho y entregarse por completo al servicio de las almas sin desmayo, sin vacilación y sin reserva.

Ya Obispo, no dejó un solo día de sentirse hijo de san Felipe. Es verdad que la diferencia de cargo y de morada no le permitió dedicarse personalmente a los trabajos a que había consagrado hasta entonces su vida; pero se le iba el alma cada vez que con sus colaboradores tomaba parte en algún acto o hablaba de las obras de apostolado, en especial de las dedicadas a la juventud y a la beneficencia. Tampoco tenía entonces confesionario; pero de una manera o de otra continuaba influyendo en las conciencias, dirigía almas, infundía ánimos, perpetuaba como podía el celo apostólico que más que nunca encendía su espíritu. Conservó durante toda su vida, incluso en los días más desapacibles de la República y de trastornos sociales, tal alegría espiritual, que daba a los que estaban a su alrededor la impresión de una tranquilidad de alma, con la que no podían las tempestades que el enemigo pudiera levantar.

Obedeciendo a las reiteradas insistencias del Obispo Torras y Bages, escribió, en el anonimato, la biografía del célebre P. Pedro Ubach, restaurador del Oratorio de Vic. ¡Es curioso! Parece como si se hubiese propuesto identificarse con su biografiado. Tanta es la semejanza entre los dos filipenses, que no dudaríamos en aplicarle capítulos enteros de la Obra, aun descendiendo a los más mínimos detalles. Eso nos hace suponer que habría meditado a fondo la vida de aquel hombre que, si logró fama imperecedera en Vic con la gran obra de la restauración del Oratorio y por sus virtudes personales, no la

El P. Huix como prepósito del Oratorio de Vic.



alcanzó menos en sus tiempos de estar entre los filipenses de Roma, ante las altas personalidades de la Curia que lo pudieron conocer y tratar.

El recuerdo del P. Huix lo llena aún todo en el Oratorio de Vic. Los padres han cambiado, es verdad, de residencia, porque han vuelto a ocupar la casa contigua a la Iglesia, de la que les echara la Ley de la desamortización; pero el aroma de su obra y de sus virtudes continúa presidiendo y envolviendo todos los rincones del templo y los más hermosos aún de los corazones de cuantos allí conviven y le tuvieron por hermano y superior.

Conservó hasta su muerte el espíritu filipense en todo su modo de ser y de obrar, infiltrando en sus colaboradores y en todas las personas con las que trataba íntimamente el

mismo espíritu de paz, optimismo, alegría y constancia en el trabajo. Dejó de usar el bonete característico español y adornó sus sotanas con los distintivos de su dignidad episcopal; pero aun su ropa de a diario se la confeccionaba un hermano del Oratorio de San Felipe; los Padres del mismo frecuentaban su Palacio Episcopal, que consideraban como su propia casa, y las capillas de los palacios episcopales de Ibiza y Lleida son testigos calificados para certificar que su vida de oración continuó y aumentó, si cabe, en intensidad y en fervor. Por otra parte, si cambió en algo el horario de su vida, forzado por la distribución que imponía al tiempo su labor episcopal. En esencia podemos decir que, de Obispo, continuó siendo un Padre del Oratorio trasladado a otra residencia.